

Capítulo 138 – Amenazas

Cabernet entrecerró los ojos, observando atentamente a Vergil tras su respuesta. "¿Estás coqueteando conmigo?", preguntó con voz fría, pero el brillo desafiante en sus ojos sugería algo más, como si estuviera sondeando sus intenciones, poniendo a prueba su compostura.

Vergil, sin embargo, levantó las manos dramáticamente, como si intentara evitar su mirada. "¡Oye, no me mires así! ¡Qué miedo!", dijo, en un tono casi teatral, retrocediendo medio paso.

"Y para que lo sepas", continuó, señalándose, "tengo esposas, ¿sabes? Si sigues mirándome así, probablemente me dis pares con un rayo láser o algo así. Entonces, ella irá a por ti. Y te matará. Sin dudarlo."

Katharina suspiró profundamente desde un lado, cruzándose de brazos mientras observaba la escena. "Lo está haciendo otra vez".

"Sí", afirmó Ada, sin apartar la vista de su vaso. "Sin duda lo volveré a hacer".

"¿Qué cosa?" preguntó Roxanne, mirándolos de reojo.

Katharina simplemente señaló a Vergil con el pulgar. «Encontró a alguien más fuerte y ahora se comporta como un idiota».

La respuesta habría hecho reír a Roxanne, pero ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Una risa fuerte e inesperada resonó por el pasillo, sorprendiendo a todos.





"¡Pfff... JAJAJAJAJAJA!" Cabernet rió abiertamente, agarrándose a la escalera cercana, con los ojos llorosos por el esfuerzo de contener la risa. Era una imagen completamente distinta a la de la mujer autoritaria que había bajado las escaleras momentos antes.

—Sus... pfff... ¿sus esposas? —logró decir entre risas, recuperando el aliento. Volviéndose hacia Ada, Katharina y Roxanne, las miraron con una ceja arqueada, con una mirada que oscilaba entre la burla y la curiosidad.

Los tres, sin embargo, no mostraron ningún interés en la provocación.

Vergil, con una sonrisa tan relajada como peligrosa, ladeó ligeramente la cabeza, como si reflexionara un momento sobre sus palabras. Luego, respondió con un tono que rozaba la seriedad.

"Oh, no estoy hablando de esos tres de allí".

Cabernet frunció el ceño, confundida, pero antes de que pudiera preguntar, Vergil señaló sutilmente con su barbilla hacia atrás, con un brillo travieso en sus ojos.

"Estoy hablando de la persona que está detrás de ti."

La sonrisa de Vergil era una mezcla de provocación y algo más, algo que les dio escalofríos a todos los presentes. Lentamente, Cabernet se dio la vuelta, mientras toda la sala parecía contener la respiración, esperando a ver qué pasaba.

Pero... ella sólo vio a una enorme mujer pelirroja como ella, parada detrás de ella, con los brazos cruzados, con una expresión que decía claramente: "Te voy a matar".





—Debes estar disfrutando entrometiéndose con mi marido, ¿eh? —Su voz era baja, casi un susurro, pero tenía la nitidez de una espada. No hacía falta alzar la voz; la amenaza implícita era más efectiva que cualquier grito.

Vergil, de pie junto a ella, retrocedió un paso, levantando las manos en una exagerada muestra de inocencia. «Oh, mira, querida, solo estaba hablando. Hablar no es un delito... todavía». Lanzó una mirada furtiva a Cabernet, como incluyéndola en su excusa.

Cabernet, sin embargo, no parecía intimidada, pero tampoco era ingenua. Estudió a la mujer frente a ella con una ceja levantada, y la comisura de su boca se curvó en una media sonrisa intrigada.

"Interesante", dijo, con un tono de fascinación que parecía disipar la tensión. "¿Así que capturaste a este bárbaro? Debo admitir que esta vez me sorprende, Zafiro".



"¿Bárbaro?", repitió Zafiro, ladeando ligeramente la cabeza. "Qué curioso, ¿no te pareció bárbaro intimidar a alguien con la mirada? Pero, por favor, continúa. Tengo curiosidad por saber cómo planeabas jugar con lo mío."

Cabernet dio un paso al frente; sus expresiones de sorpresa y diversión fueron reemplazadas por una máscara de seriedad. Era un juego peligroso, pero ella no era conocida por ceder.

"¿Jugar?", dijo Cabernet, con voz deliberadamente ligera. "Creo que estás proyectando algo, cariño. Solo estaba probando... curiosidades".

En ese momento, Raphaeline, un poco más atrás, se apoyó en una de las columnas, cruzándose de brazos con una sonrisa irónica. «Vergil», murmuró para sí misma, «te encanta coleccionar problemas».



Zafiro dio un paso adelante, y el suelo literalmente se quebró bajo su peso, aunque su paso era grácil. Su sonrisa, casi amable, solo acentuó la sensación de peligro inminente.

"Te daré un consejo, Cabernet", dijo, inclinándose ligeramente. "Cuidado con eso que llamas 'curiosidades'. A veces, jugar con fuego quema más que solo las manos". Jugó con los dedos, mostrando una llama que hizo que Cabernet retrocediera un paso.

Cabernet no respondió de inmediato, pero toda la sala pareció vibrar con electricidad cuando las dos figuras titánicas se miraron fijamente. Vergil, aún intentando parecer despreocupado, esbozó una débil sonrisa y murmuró:

"Bueno, supongo que la diplomacia terminó antes de comenzar".

Cabernet, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos, dio un paso atrás, acomodándose la rosa negra en el cabello.

Sus movimientos eran calculados, controlados, como los de un depredador que evalúan cuidadosamente el terreno antes de atacar.

"Interesante", dijo finalmente Cabernet, con una voz tan suave como el terciopelo envuelto en acero. "Tienes un talento peculiar para convertir algo trivial en un espectáculo".

Zafiro rió suavemente, pero el sonido no era nada amistoso. "Si quieres probar más 'curiosidades', ¿quizás te muestre algo aún más fascinante?" Dejó que la llama de sus dedos creciera un instante antes de apagarla con un gesto despreocupado.





Cabernet mantuvo su expresión serena, pero sus ojos, por un instante, brillaron con algo que podría haber sido ira o fascinación. «Quizás en otra ocasión», respondió, mirando a Vergil, quien observaba la escena con aire relajado pero atento.

Raphaeline ladeó levemente la cabeza; el brillo frío de sus ojos contrastaba con la sonrisa relajada de sus labios. Giró la katana revestida de oro en su mano con una elegancia que parecía despreocupada, pero que delataba un dominio absoluto del arma.

"¿Niñeras, Cabernet?", respondió Raphaeline en voz baja, con una calma peligrosa. "Interesante elección de palabras para alguien que parece necesitar validación constante para sentirse en control".

La sala volvió a quedar en silencio, con las miradas divididas entre Raphaeline y Cabernet. La tensión entre ellos era diferente; no se trataba solo de competencia, sino de una rivalidad profundamente arraigada que parecía tener historia.



Cabernet soltó una carcajada, aunque sus ojos no reflejaban la aparente diversión. "¿Validación? Ah, Raphaeline, no me muestras tus debilidades. Tu espada es bonita, lo admito, pero ¿es algo más que un simple adorno?"

Raphaeline dio un paso al frente; el ligero movimiento hizo brillar la katana bajo las luces del salón. "¿Ornamento?" Arqueó una ceja y su sonrisa se ensanchó. "Quizás podrías demostrarlo, si tienes curiosidad. Claro, eso significaría que el salón necesitaría reparaciones mañana".

Vergil observaba la escena con una sonrisa entre divertida y molesta. Se inclinó hacia Zafiro y susurró: «Empiezo a entender a qué te referías con que esto era un espectáculo para el ego. Es más bien un campo minado».



Zafiro negó con la cabeza, sin apartar la vista de Cabernet y Raphaeline. «Las cosas suelen ser así, por eso no me gusta participar en estos ridículos espectáculos». Comentó: «Prefiero estar en casa durmiendo». Zafiro dijo con aires de mujer consentida. Ni siquiera parecía una Reina Demonio.

Cabernet entrecerró los ojos, pero dio un paso atrás, levantando las manos en un gesto de aparente rendición. «Eres rápido para desenvainar la espada, Raphaeline. Pero no te preocupes, no vine aquí a mancharme las manos de sangre».

"Una lástima", replicó Raphaeline con ironía, retrocediendo también. "Podría haber sido una oportunidad para dar algunas lecciones".

Cabernet ignoró el comentario y volvió la mirada hacia Vergil. "Tienes un talento especial para medirte en el centro de los problemas, ¿verdad?"

Vergil se encogió de hombros con una sonrisa despreocupada. "¿Qué puedo decir? Tú lo empezaste, enfrenta las consecuencias." Esbozó una sonrisa maliciosa.



Cabernet ladeó la cabeza, observándolo con una mirada que parecía calcular cada aspecto de él. "Interesante. Muy interesante."

Raphaeline interrumpió antes de que Cabernet pudiera continuar. «Si ya terminaste de poner a prueba la paciencia de todos, Cabernet, te sugiero que nos centremos en el propósito de esta reunión. A menos, claro, que prefieres seguir con tus provocaciones. En ese caso, con gusto te acompañaré hasta la salida».

Cabernet se rio, pero no respondió. Se dio la vuelta y caminó hacia otro rincón del salón, dejando el peso de su presencia flotando en el aire.



"Ella sí que sabe cómo robarse el protagonismo, ¿verdad?", comentó Vergil, rompiendo el tenso silencio con su tono ligeramente sarcástico.

"Las mujeres fuertes son así", respondió Zafiro automáticamente, sin pensarlo dos veces, con la aún mirada siguiendo a Cabernet desde la distancia.

Vergil miró a Zafiro y arqueó una ceja. «Cierto, eres exactamente así», añadió con una sonrisa juguetona y una suave risa.

Zafiro se volvió hacia él, incapaz de ocultar una sonrisa de satisfacción, aunque intentara disimularla. «No me compara con ella», dijo, aunque su tono no tenía el peso de una reprimenda.

—Jamás —respondió Vergil con una sonrisa juguetona, fingiendo inocencia—. Al fin y al cabo, solo puedes robarme la atención, ¿verdad?

El comentario fue seguido por una expresión casi imperceptible de Zafiro, con un ligero rubor subiendo a su rostro mientras intentaba disimularlo. «Idiota», murmuró, apartando la mirada, pero la suavidad de su voz delató el insulto.

De repente, una voz profunda y llena de autoridad resonó por la sala, cortando el momento como una cuchilla.

"Veo que ya llegaron todos", anunció el hombre mientras avanzaba lentamente hacia el centro de la sala. "Espero que hayan disfrutado del viaje. Disculpen la demora... tuve que solucionar un pequeño problema".

Llevaba algo, o, mejor dicho, a alguien. El cuerpo de un hombre ataviado con una grotesca armadura negra, con intrincados detalles y runas opacas, colgaba de su mano como un simple peso inerte. La sala se congeló al reconocer a la





figura que sostenía al hombre derrotado: el Arconte Amon, una de las entidades más temidas del mundo demoníaco. Su aura era como un remolino de fuerza primigenia que comprimía el aire a su alrededor.

Roxanne, que hasta entonces parecía tranquila, palideció de repente. Retrocedió un paso involuntariamente, y su voz salió en un susurro casi inaudible, cargada de miedo.

"¿Papá?!"

La revelación cayó como una piedra en el pasillo, y todas las miradas se posaron en el hombre derrotado. Vergil arqueó una ceja y entrecerró los ojos mientras evaluaba la situación.

